



Umberto Eco:

El pensamiento

Elba Mejía (*)

Libro de Oro

XIV Congreso Nacional Ordinario UBCLi - Oruro 2006

Es para mí un alto honor, recibir El Libro de Oro, presea con la que la Unión Boliviana de Clubes del Libro UBCLi distingue a un escritor en la realización de cada Congreso. Expressar mi agradecimiento a la Unión Boliviana en la persona de su Presidenta, la Lic. Milena Montañón de Escobar. También mi agradecimiento al Club del Libro Milena Estrada Sainz, en la persona de su Presidenta la distinguida Dra. Mery Reyes de Murillo.

Diré que la PALABRA, como herramienta en manos de un escritor, es el lenguaje vivo del pensamiento.

Las palabras por si solas son signos dispersos que no significan nada, pero que cada escritor en armónico orden con su talento, obsequia su riqueza intelectual en obras admirables. Entre líneas podemos ver su alma y adivinar el sentido cabal de un espíritu que nos invita a ver, desde una óptica propia, el mundo, el espacio sideral y aún más allá, el intangible mundo de Dios, cuya manifestación comienza desde los seres más pequeños y humildes.

Un autor vive en el tiempo por sus obras. Las palabras coordinadas en pensamientos, poemas y obras de gran magnitud, perviven siglos más allá de su existencia física.

La palabra como herramienta en manos de un escritor, es diamante en bruto, que artística y sincrónicamente burlada muestra su belleza en diversas facetas, en una sociedad que parece haber perdido el espíritu del pensamiento, la meditación y la lectura.

Cuánta riqueza desperdiciada en un mundo materialista, en el que libar de lo prohibido y dártilo es vivir!

Las palabras, como joyas para el pensamiento y el espíritu, están esperando, llamándonos a la cordura y a buscar en los libros, como sedientos en el desierto, el agua intelectual, bebiendo a sorbos incontenibles, alimentando el eco y la profundidad de los abismos de nuestra mente. Repercute en la felicidad y el dolor de los seres humanos. Volver a tener una alma sensible e inclinada al verdadero amor.

Distinguidas señoras y señores, cuántas palabras gratas y amables están escritas en las páginas inmarcables de este LIBRO DE ORO que hoy recibo con felicidad. Cuánta riqueza de espíritu, cuánto desprendimiento, que me hace deudora del agradecimiento más profundo.

Gracias.

Elba Mejía Arce. Oruro, 1939. Miembro de la Unión Nacional de Poetas y Escritores, filial Oruro.



Luca Goldoni publicó un divertido artículo de la costa adriática sobre las desventuras del que, para seguir la moda, lleva jeans y ya no sabe cómo sentarse ni cómo distribuir su aparato reproductivo externo. Creo que la problemática abierta por Goldoni es densa en reflexiones filosóficas, que quisiera proseguir por mi cuenta y con absoluta seriedad, pues ninguna experiencia cotidiana es demasiado vil para el hombre de pensamiento, y porque ya es hora de hacer andar la filosofía además de con sus propios pies, con sus propios lomos.

He usado jeans cuando apenas se llevaban, y de todos modos solo en vacaciones. Los encontraba y los encuentro muy cómodos, en especial para viajar, ya que no presentan problemas de arrugas, manchas o desgarres. En la actualidad se llevan también por coquetería, pero ante todo resultan una prenda práctica. La única cosa es que desde hace unos años he tenido que renunciar a ese placer porque había engordado. Es verdad que, si se busca bien, se puede encontrar la medida extra-large (en Macy's de Nueva York se encuentran jeans hasta para Oliver Hardy), pero son de pierna ancha; se pueden llevar pero no soy de muy buen ver.

Recientemente, tras reducir el consumo de alcohol, he perdido los kilos suficientes para volver a probarme unos jeans casi normales. He pasado el mismo calvario escrito por Goldoni, con la chicha de la tienda que me decía: "Contraigala, verás como en seguida se adaptan", y me he ido sin haber metido hacia dentro mi barriga (no estoy dispuesto a rebajarme a compromisos de esta clase). Sin embargo, volví a saborear, después de tanto tiempo, la experiencia de embutirse dentro un pantalón que, más que ceñirse a la cintura, se sostiene en las caderas, pues es propio de los jeans presionar sobre la región sacrolumbar y sostenerse no por suspensión, sino por adherencia.

Después de tanto tiempo, la sensación era nueva para mí. No me hacían daños, me hacían sentir su presencia. Por elástica que fuera, sentía una armadura alrededor de la segunda mitad de mi cuerpo.

Aunque hubiera querido mover el vientre dentro del pantalón no podía hacerlo, a lo sumo podía hacerlo junto a los pantalones, que dividen, por decirlo así, el cuerpo en dos zonas independientes: la de cintura para arriba liberada de ropa y la otra identificada orgánicamente con el vestido. Descubría que mis movimientos, el modo de caminar, de voltearme, de sentarme, de apresurar el paso, eran diferentes. No más difíciles, o más fáciles, sino realmente diferentes.

En consecuencia, vivía sabiendo que llevaba jeans, mientras que habitualmente se vive olvidando que se llevan calzoncillos o pantalones. Vivía para mis jeans y adoptaba, en consecuencia, el comportamiento exterior de quien los lleva. En todo caso, adoptaba una compostura. Es curioso que la prenda por tradición más informal y anti-etiqueta sea justamente la que más impone una etiqueta. Habitualmente soy bastante desmañado, me siento como viene, me abandono donde me place sin ninguna pretensión de elegancia: los jeans me controlaban estos gestos, me hacían más educado y prudente. He hablado largamente de ello, sobre todo con interlocutores del sexo opuesto, de quienes he sabido algo que ya había sospechado, que experiencias de esta clase son habituales para la mujer, porque toda su indumentaria ha sido siempre concebida para conferir un determinado porte tacónes altos, fajas, sostenedores con refuerzos, portaligas, jerseys muy ceñidos.

He pensado entonces en cuánto había influido, en la historia de la civilización, el vestido como armadura contra la compostura y, en consecuencia, en la moralidad exterior. El burgués victoriano era rígido y mesurado a causa del cuello duro, el rigor del gentil hombre del siglo XIX venía determinado por los redingotes atildados, los botines y los sombreros de copa, que no permitían movimientos bruscos de la cabeza. Si Vine hubiera estado situada en el ecuador y sus burgueses hubieran andado en bermudas, ¿habría descrito Freud los mismos síntomas neuróticos, los mismos triángulos edípicos? ¿Y los hubiera descrito de la misma manera de haber sido un escocés que